

COSQUILLAS



Demetrio

30
CÉNTIMOS

UNA MEMORIA DEPLORABLE, por Demetrio.
—¡Atizo!... Ahora no me acuerdo de si ha sido a Pepe o a Juan a quien he dicho que estaba enamoradísima de él... ¡Voy a tener que apuntar estas cosas en un libro de memorias!



Album de belleza.-Las bellas durmientes

¡Qué ricas y que tiernas aparecen enfocadas por el indiscreto reflector que en este caso nos ha hecho un favor de noventa grados!... Miradlas con qué dulce abandono sueñan con sus ideales más queridos! Aunque puede que entre las tres haya alguna pesadilla... Yo, parece que estoy con la dentición contemplándolas. Porque es una fotografía que arroba; arroba y atonelada. ¡Bueno, yo con una mujer de estas... Aunque roncara! Vuestro hasta la pesadilla, INCÓRDIEZ

R 4918



COSQUILLAS

REVISTA COMICO
SATIRICA

Aparece los sábados

Administración:
CENTRAL ADMINISTRADORA

DE
PUBLICACIONES Y EDICIONES

Paseo del Dr. Esquerdo, 6. Tel. 22.17 S.

Toda la correspondencia al Ap.º 9.035

Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ



Año I Madrid, 27 de Noviembre de 1926 Núm. 9



PELIZCOS

Leemos en un diario de la noche que en Apolo se ensaya la nueva producción de Guerrero El huésped del Sevillano.

La acción se desarrolla en Toledo durante el siglo XVIII, y D'Hoy ha hecho los figurines de la época. Esto lo encontramos, entre otras varias cosas, atrabiliario, porque si los figurines son de la época, y la época es del siglo XVIII, no pueden ser D'Hoy...

Además, que es ganas de molestar al señor D'Hoy haciéndole sacar los figurines de estampas de la época... Con haberle dado éstas directamente al sastre se habrían ahorrado un tiempo precioso la Empresa y el dibujante.

En Constantinopla el ministro del Interior ha prohibido "la danza del vientre", bajo pena de cárcel.

¡Compadecemos a los pobres turcos! ¿Qué tendrán que hacer cuando se sientan el estómago sucio con esa orden a rajatabla de nadie los mueva!?

¿Y los pobres vendedores de ricino?...

Según telegramas de la prensa diaria, los comunistas de Java han iniciado ciertos movimientos alarmantes.

A nosotros no nos alarman los movimientos de "Java"... ¡Si fueran los del Charlestón!...

En Marruecos ha muerto el célebre moro "Kor-ti-to".

Deseamos piadosamente, porque no somos rencorosos, que Alá le haya dado una horita a tono...

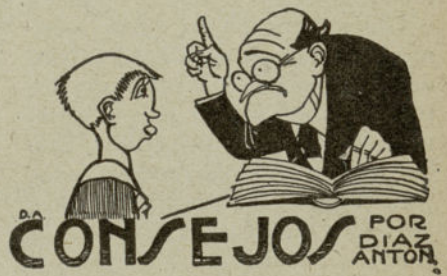
¡Oh, el poder irresistible de la carne de falda, ya sea de ternera joven en el cocido, ya sea de jamona pasada, en el lugar más muelle asequible.

En Roma acaban de ser condenados a un año de prisión dos jóvenes y apasionados tórtolos de senta para arriba, que no conformes con las mutuas parejas que ya les había concedido la conocida epístola han caído en las sutiles redes de la bigamia, atraídos por un arrullador deseo sexual difícil de saciar a modo.

Pero ¡oh dolor que al alma llega y que después de llegar al alma se recrea paseando por los diferentes órganos del cuerpo! En plena luna de miel, sin tiempo apenas de saborearla, las negruras de una separación material en un calabozo corta el idilio insano por lo sano, dejándoles a la luna de Valencia.

¡Un año de ayuno y separación nos parece suficiente castigo... Sí... ya está bien... pero que les aten las manos!...

Este número ha sido revisado por la censura.



CONSEJOS POR DIAZ ANTON

No intentes vestirme a los veinte años con el mismo vestidín que te ponía tu buena madre a los cinco meses. A esa edad dicen las mujeres cuando nos ven: "Mira qué cosita más mona..." A los veinte años y con el vestidín se verían embarazadas para elogiar.

Cuando beses la mano derecha de tu novia y percibas en sus deditos un fuerte olor a marisco, cree a pies juntillas que ha comido cangrejos, aunque los odie.


Nunca te precipites a quitarte los pantalones delante de una mujer sin que ella te autorice previamente. Que a lo mejor te los quitas en un piso tercero y te los tienes que poner en el portal.

Con las mujeres no hagas lo mismo que con las aceitunas. Cuando vemos un plato de aceitunas nos arrojamus siempre a la más gorda. (Creo que lo he dicho correctamente.)

Cuando, por atender a tus ocupaciones y no habiendo podido acompañar a tu mujer en su veraneo, te encuentres solo, no consientas que un amigo te diga que "el buey suelto bien se lame". Eso que se lo diga a su padre.

Te aconsejo que observes si es verdad esto que te voy a decir: Nosotros creemos a las mujeres a pies juntillas, y ellas separan los pies cuando nos creen.





Cosas de Belorcio

Aquí todas son «húmedas»

La actualidad revuelca sobre el hule una cuestión, resuelta en Noruega, a punto de resolverse en Yanquilandia y sin estado de opinión por acá. Aludimos a los partidarios y refractarios de la llamada *ley seca*.

Las señoras, ¡hijas de mi estérnón!, hanse apasionado del tema desde que se inició, y raro es el distrito neoyorquino en el que no se riega el suelo de peinecillos, tirabuzones y retales de combinaciones, y en el que no vibran interjecciones tan poco académicas como “¡So fox!”, “¡Anda de ahí, cacho de banner!” y otras—todo ello en puro inglés de la Sexta Avenida—de bélicas y alborotadoras consecuencias. Y todo por si tienen más razón las *secas* que las *húmedas*. ¡Mire usted qué demonio!

Por fortuna, acá no apasiona el tema. Nuestros caldos de mosto, rayitos de sol embotellados ¡y olé!, se imponen a todos los sexos. Y,

sin embargo, no ha faltado una ligerísima minoría de *secas*.

Yo me dediqué a perseguirlas, porque un servidor es de una *humedad*, que me sacuden y echo gotas, y hasta encargué a un amiguito que me ayudase en mi labor.

Y un día se me presentó mi amiguito y me dijo:

—Oye, tú, tengo una *seca*.

—Que te la sajen—respondíle.

—No seas más bruto. Quiero decir que sé de una gachí enemiga de que se libe. Es una mujer que monda.

—¿Profesión?

—Cocinera. Ya te digo que es una mujer que monda.

—¿Guapa?

—De tomar bromuro para poder hablar con ella. Margarita se llama. Trabaja en la Gran Vía.

—No será la Xirgu...

—No, hombre, en el 18. Odia el alcohol hasta el ataque de nervios. Estaba para casarse y riñó con el novio porque la dijo una noche que estaba por ella que “bebía los vientos”...

—Hay que convertir a esa desgraciada. Una mujer así no puede ser *seca* aunque se le retire la...

—Oye, ¡que es soltera!

—... Aunque se le retire la circulación de la sangre.

Y me dediqué a convencer a Margarita. ¡Qué trabajo me costó! Me puse en relaciones con ella. Suavemente primero, apretando después, y a todo meter cuando tenía más confianza, fui desarrollando mi tema, conmoviéndola, haciéndola caer de su error...

Y fué una noche en el “cine”. Mi elocuencia culminó, tuve el verbo ágil y la palabra dura, tal vez demasiado dura, y, aunque al principio no hacía caso ni del verbo, ni de la palabra, expuse mis razones con tal claridad, puse tal agilidad

en mis argumentos que, minutos antes del segundo descanso, no tuvo más remedio que decirme:

—No razones más, Belorcio; te comprendo perfectamente. Ya estoy empapada...

¡Luego estando *empapada* ya no era *seca*!

Y yo había vencido.

Pero, ¡ah las contradicciones de la vida!

¡Yo que me pasaba la ídem buscando *secas* para trocarlas en *húmedas*, tropecé, meses más tarde, con una patrona bigotuda, procaz y algo cerda, de una *humedad* que ni el Amazonas! ¡Qué tajadones me agarraba la pobre!

Y, claro, cuando a mí se me ocurría reprenderla, para ver si se corregía, solía contestarme:

—Pero oiga usted, so mindundi, ¿no anda usted buscando *secas* pa hacerlas *húmedas*?

—Es que la humedad de usted es de catarata, doña Filomena...

—¿Cómo?

—Que es usted una *gotera*, señora.

Y como no logré corregirla, ni con amonestaciones, ni con amenazas, yo, ¡yo, protector de las *húmedas*!, me indigné una tarde... ¡y la dejé *seca*!

¡Pero que con un *formón*!

Y a los once meses me ahorcaron.

BELORCIO



LA FUERZA DE LA COSTUMBRE,
por Herreros.

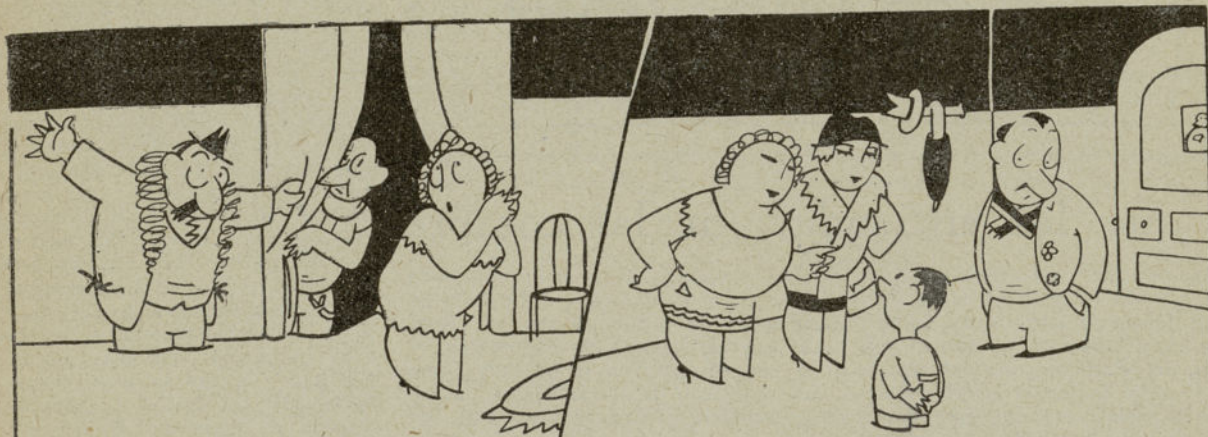
El del bastón.—Por allí acabo de ver a...
El otro.—¡No sigas! ¡A mi mujer con un amante!
El del bastón.—¡No, hombre! A nuestro amigo Juan...
El otro.—... Entonces es que mi mujer no ha salido.



El “Chavosito” (viendo al turista belga).—
¡Mía, Rosariyo, que desí que este tío es flamenco!

Dib. de Bellón.

EL HOGAR, por Mihura



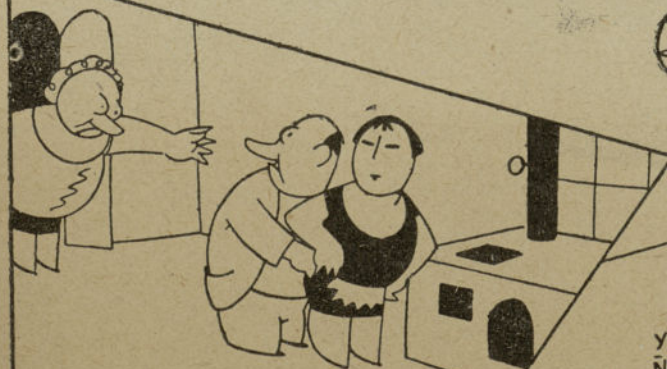
- ¡QUE METAS UN HOMBRE EN MI PROPIA CASA PASE TODAVIA, PERO LO QUE NO PUEDO TOLERAR ES QUE NI SIQUIERA ME LO HAYAS PRESENTADO!...

- ANDA HIJO MIO. DALE UN BESITO A ESTA SEÑORA...

- NO QUIERO QUE EL OTRO DIA LE DIO PAPA UNO EN EL PASILLO Y DESPUES NO SE PUDO DESPEGAR EN MUCHO RATO...

- ¡Y YA SABES HEMOS TERMINADO PARA SIEMPRE! ¡PUEDES TOMAR POR DONDE QUIERAS!..

- GRACIAS, PAPA.



- ¡MISERABLE! ¡CON LA CRIADA NUEVA;...

- PERDONA, HIJA PERO ES QUE CREI QUE ERA LA ANTIGUA...

- OYE PAPA, ¿ES VERDAD QUE A PEPITO Y A MANOLO Y A MI Y A ESE OTRO NIÑO QUE ESTAIS ESPERANDO NOS TRAEN A TODOS DE PARIS?

- SI, HIJO MIO A TODOS OS TRAEMOS DE ALLI.

- PUES ENTONCES TU DEBES ESTAR HACIENDO EL RIDICULO CON MAMA.

Mihura
xxvi.



El que las entienda, que las compre

En un reciente viaje a Barcelona acabo de *verificar*—que dicen los franceses—un fenómeno curiosísimo. El teatro de Apolo, uno de los teatros más capaces del Paralelo, está frecuentado tarde y noche por todos los viejos verdes de la ciudad, que van acompañados de sus respectivas coimas o de sus excelentes cónyuges. No ponga la malicia de vuestra parte que acuden los tales con el salaz propósito de alegrar con el espectáculo las pajarillas de su rijo-sidad. No. En el teatro de Apolo de Barcelona se cultiva el arte serio, el drama, las obras de tesis. Allí al más pintado se le aflojan las potencias imaginativas y se queda para los restos. Precisamente está en cartel un drama de alta tensión y de profunda entraña, *La mujer virgen* (La donna verge), de un escritor joven y talentoso: Manolo Fontdevila. ¿A qué van, pues, los viejos con sus amantuelas? Permitidme que os cuente el argumento...

Bel es una tierna adolescente que tiene la desgracia de tener un padre borracho y amoral, una madrastra ducha en celestineos, un hermanito cínico y una hermanita mayor, que—¡la pobre!

busca ocupación todas las noches para mantener a un *macarrón*. Bel trabaja en un taller de costura, y con su jornal se pone la *escudella* en el domicilio, si es que el padre no se adelanta a los acontecimientos apoderándose de la semana para ir a catar vinos a la borrachería.

El padre, la madrastra, el hermanito, la hermanita empujan a Bel a complicarse con un acaudalado comerciante—el señor Perramón—, que tiene la cabeza semiblanca. Bel, honesta, se defiende. Pero su buen padre roba unos dineros a una vecina y, para sacarle de la cárcel, se sacrifica Bel, entregando su doncellez al cincuentón. Todo cambia en la casa. El señor Perramón es una excelente persona, y Bel llega a estimarle por su solicitud y sus cuidados. Acontece, empero, que el señor Perramón se arruina totalmente. La familia de Bel quiere lanzarle y que Bel le sustituya con otro o con otros hombres de posibles. ¡Inútil todo intento! Bel no ha de ser ingrata. Bel no ha de prostituirse. Se entabla la lucha con caracteres de crudelísima ferocidad. El señor Perramón, el pobre señor Perramón, oye cada cosaza que ¡ya, ya! Sólo Bel le consuela y le sostiene. Frente a la jauría enardecida e insaciable, Bel se alza, lá-tigo en mano, para guardar su honor y para amparar al caído. Tan firme es su propósito que está presta a volver al taller para que al señor Perramón, convertido en ruina moral y física, no le falte el sustento. La familia, a su vez, mete en la casa a un pollo carterista, enamorado de la Bel, para ver si ésta pica. Mas no pica. El que hinca el pico es el desventurado Perramón, que sorprende la escena en que el carterista pretende forzar a la Bel. Da un *do* de pecho, atacado súbitamente de una angina de ídem, y sobreviene la catástrofe. Muere. Y la Bel arroja de su casa a su familia y besa tiernamente el cadáver...

He aquí, en síntesis brevísima e incompleta, el drama de Fontdevila que tienta la curiosidad de los cincuentones barcelonés. Llevan a sus amantes jóvenes al espectáculo de Apolo para que tomen ejemplo de la Bel, para que aprendan fidelidad, para que les sigan que-

riendo si por acaso quiebra el Banco donde tienen guardadas sus fortunas o se arruina la mercería de donde salen los lujos que ahora ostentan.

Yo he seguido con gran curiosidad las actitudes y las caras de las espectadoras mientras se deslizaban las escenas. Las veía llorar con Bel. Las veía suspirar con Bel. Las veía aplaudir frenéticamente en los instantes en que Bel, gallarda y altiva, defendía su derecho a conservar a su lado a Perramón. Tuve la audaz sospecha—de la que estoy arrepentido—de que la lápida de mármol que se ha colocado en la sala del teatro en honor de Manolo Fontdevila y para conmemorar la efemérides del estreno de tan soberbia obra dramática, estuviera costeadada por los vejetes que mantienen *donas* jovencitas y mas o menos *verges*. ¡Qué menos, señor, qué menos! Pero no. El dinero de los vejetes es todo para las muchachitas que llevan a su lado a las butacas. Ellos sí se sienten compenetrados con Perramón. No diré yo que ellas, pese a sus lágrimas y a sus aplausos, se sientan hermanadas con la Bel. El alma de las mujeres es insondable. El que las entienda, que las compre. Yo vi en el teatro a una preciosidad de criatura angustiarse en las escenas cumbres, a punto de desmayo, y asirse, convulsiva, al brazo del peliblanco que la acompañaba. Hubiera jurado que entre sollozos le prometía ser una Bel mejor que la de Fontdevila. ¡Suerte la de aquel hombre! Mas luego, de madrugada, obsequiamos a Fontdevila con unos sorbos de champagne en el Excelsior, y allí, en el *cabaret*, perdida en un rincón y medio aborta, estaba la beldad. Atisbarnos y venir a nosotros, todo uno. Fontdevila se sintió abrazado y besuqueado, levantado en vilo y medio tumbado en un diván. ¿Y el viejo? ¿Dónde has dejado al viejo, desdichada?

La Bel del *cabaret* no nos oía. No oía más que a Manolo Fontdevila, que ofreciéndola no sé cuántas ternuras y no sé qué filetillos de ternera...

El mundo es un fandango, caballeros. ¡La Bel y su creador entregados a la franchela mientras el viejo Perramón dormía!

¡Bebamos para olvidar!

LEOPOLDO BEJARANO



PETICION DE RELACIONES, por Bellón.

Ella.—¡Ay, hijitos! ¡Me ponéis en un compromiso, porque no está en mi mano el complacer a los dos a la vez.

Uno.—¡Es que eres manca!



—He citado a Luis a la caída de la tarde, y ahora me da miedo... ¡A ver si en vez de la caída de la tarde es la tarde de la caída!...

Dib. de Moliné.

Las mujeres de Gutiérrez

Las comprobaciones personales que Manolito Gutiérrez había efectuado en la Geografía del planeta estaban limitadas al Norte por la Dehesa de la Villa y al Sur por los jardines de Aranjuez, donde estuvo una tarde comiendo fresas. Quiero decir que el excelente Manolito Gutiérrez no se había alejado de la calle de Alcalá por más espacio del que tarda el sol en recorrer el horizonte. Esto no le impedía hablar con desparpajo encantador de sus viajes por diversos lugares de Europa y América.

—La primera vez que estuve en París... En mi último viaje a Roma...

Cuando Manolito empezaba de esta forma un relato comecía los mayores dislates del mundo. Y fatalmente contaba una historia amorosa, de las que aumentan la longitud de los incisivos. Su facundia para hablar de mujeres sólo era comparable a su desenfado cuando se metía en temas geográficos o históricos. Tan pronto afirmaba que había saludado a Julio César, como atribuía a Shakespeare nacionalidad griega, encargándole de dirigir el paso de las Termópilas, que, por otra parte, él creía que era un tiempo de baile.

En realidad, Manolito Gutiérrez, fuera de los momentos en que se dejaba guiar por la imaginación, sentía la pesadumbre de no realizar, efectivamente, un viaje que le permitiera construir nuevas y sugestivas historias. Así no pudo extrañarnos a sus amigos el hecho de que la posibilidad de un viaje a París le colmara de regocijo. Nos lo dijo con toda la solemnidad de que era capaz.

—¿Y a qué ese viaje?

—¡Pchs! Distraerme un rato—aseguró modestamente—. Y a ver las últimas novedades en materia de amor y de mujeres.

—Muy lindo el motivo. Y ahora parece que hay un sistema nuevo: la "llegada" checoslovaca, que ha surgido como una consecuencia del Tratado de Versalles.

—¿La checoslovaca? Sí, he oído hablar de ella.

Días más tarde recibimos su aviso para que acudiésemos a despedirle a la estación. En ella nos mostró el pasaporte y el billete del ferrocarril, para que no creyésemos que iba a Valladolid a saludar al inspector del Trabajo.

—Au revoir—exclamó al ponerse el tren en marcha, con acento bulevardero.

Desde París Manolito envió abundantes postales. Véase el estilo de una de ellas:

"¡Pobretes: la caraba, el estrudo y el ceneque! Me van a faltar fuerzas para llegar al Quai d'Orsay. Este es un plan jamón Trévez. Besos."

Poco después regresó a la corte y nos dispusimos a oírle embobados.

Con un gesto despreciativo dominaba todo Madrid y decía:

—Mon petit, este es un poblacho manchego.

—Es verdad. Esto es una birria.

—Sobre todo en materia de amor. No hay educación amorosa. Verás, un día... —y empezó a referir una de sus aventuras.

Le interrumpimos:

—¿Conocerías Ninón de Lenclos?

—¡Oh, mucho!—afirmó resueltamente.

—Ya debe estar algo vieja.

—Se conserva muy bien. Pero verás: un día en Monmartre encontré una chavala de las que arrancan el cuero cabelludo. Empezamos a charlar... quiso dar un paseo por el río...

—¿Cuál de los dos? ¿El Nilo?

—Sí, por el Nilo.

—¿Llevará mucha agua?

—¡Hombre! eso es un río, y no esta ridiculez del Manzanares!

—¿Verías la escuadra yanqui, que subió a saludar al presidente de la República?

Dudó un poco. Y luego:

—No. No tuve tiempo. Figúrate que aquel día...

La interrumpimos de nuevo:

—¿Y las pirámides? ¿Qué tal?

Manolito, sin un titubeo, contestó resueltamente:

—¡Pchs! ¿Las pirámides? Mujeres como todas.

JULIO CORTIS.



JUSTO ANHELO, por Picó.

El.—¿No gastas tanto lujo como mi mujer? ¿No estás rodeada de las mismas comodidades? ¿Qué te falta para estar lo mismo que ella?
Ella.—¡Tener un amante!...



Hay por ahí caballeros de mediana estatura que viven en este baúl repugnante con dos objetos: uno, un mechero de níquel, que no funciona ni a la penúltima, y otro el hallar una señora casada y otoñal, que les cobije en su regazo tres o cuatro días por semana inglesa.

El plan es bueno, como San Francisco de Asís, y un servidor no lo duda, como no duda de las ensaimadas cuando las mastica.

Ahora, que ésto, como Romanones, tiene un defecto. Y es que después de encontrar a la dama buscada, y estar con ella cinco o seis meses, si la queremos dejar nos cuesta más trabajo que limpiarnos las uñas con la pata de un estante.

Yo tuve un amigo, natural de Carabanchel Alto, y robusto, que estuvo liado, con una socia casada, durante tres años, y uno le tocó bisiesto. Bueno, pues este lapso lo pasó divinamente. Se refociló con la gachí, que le adoraba; hubo misterios en las entrevistas, misivas furtivas y hasta la señora, al año, le regaló una docena de camisetas de punto y coma. Y digo que coma, porque con el estómago no se puede andar jugando.

Pero pasado el tiempo susodicho, mi amigo empezó a cansarse y a ver con una pena infinita que ni en broma se la podía quitar de encima, o séase, lo que le pasaba a ella con él al principio de conocerse.

Porque él no era de esos hombres que cometen groserías con las señoras. El era incapaz de decirle francamente que su amor le molestaba más que unos zuecos del 31, y que ya estaba harto de sus caricias, como después de un banquete de quince pesetas el cubierto y catorce sin la boina.)

El ver derramar unas lágrimas femeninas por su causa y sentir deseos de pincharse en los riñones con una albaceteña era todo uno. Y por eso lo que mi amigo, el de Carabanchel, quería era que fuese ella la que, además de tomar el aceite de hígado de bacalao, porque estaba débil, tomase la iniciativa de la ruptura.

Pero es que no había manera.

Recibía la siguiente carta:

"Mi Pichichi de mi corazón (él se llamaba Lucas, pero la amada le llamaba Pichichi, porque decía que le gustaban

mucho los apellidos italianos): Mi marido sale mañana para una tienda de ganado, que se celebra en Valdepeñas. Si vienes por la tarde me encontrarás sola como una boya de Huelva. Nos vamos a hinchar, extracto de violetas. Te espero a eso de las cuatro, con la combinación rosa, que tanto te deleita. Muchos besitos chiquititos de tu tuya, tuya, tuya, Pirraquillas."

Esto a Lucas no le extrañaba, porque en los tres años que llevaba de relaciones con la firmante, el marido había ido a esta clase de excursiones cuarenta y cuatro veces, y ya se sabía: cada vez que el marido iba a una tienda, él tenía que ir a otra.

Y no tenía más remedio que coger la estilográfica y contestar:

"Pirraquillas de mis ansias mortales: ¡Qué alegría siento al recibir tu misiva! ¡Hay qué ver! ¡Qué dicha! ¡Otra vez juntos! ¡Desde ayer a las ocho que no te veo! ¡Me parece un sueño! A las cuatro me tienes allí, flor de estufa eléctrica. ¿De veras vas a estar con la combinación rosa?... Me enajenas con tus amabilidades, guapaza. Oye, no se te olvide prepararme cuatro bocadillos y un kilo de salchichón, que ya sabes que tu

presencia me causa un apetito desordenado. Y digo desordenado, porque una vez me como las viandas a las cinco y diez y otras a las ocho y cuarto.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco (sigue la numeración hasta llenar las cuatro carillas), ciento catorce, ciento quince besitos de tu Pichichi."

Y después cerraba la carta y, poniendo la dirección en un sobre, la miraba en una bombilla Osram, que estaba sujeta al techo, y exclamaba con una cara de odio que daba pánico: "Criador del cielo y de la tierra: tú ya sabes que yo no tengo instintos criminales, sino que, por el contrario, soy el contenido alimenticio de una barra de Viena, buena. Bueno, pues te juro por tu Santo Padre, que yo ahora cogía a esta Pirraquillas, la metía en un portamantas y la arrojaba a un barranco."

Y después de decir esto, empezaba a buscar un medio decente para deshacerse de la enamorada.

Y a las dos horas de meditar se le ocurría escribir a máquina lo que sigue y mandárselo a ella misma:

"Señora: Es usted de una estupidez sólo comparable con el lector de novelas de diez pesetas. Su amante Lucas es más fresco que los ladrillos de un sótano. Además de engañarla a usted con sus cuatro mejores amigas, está liado con tres bailarinas rusas y con la hija de su patrona, joven de doce años y cinco meses exactos.

Se lo advierto, porque anda diciendo además que no le da usted ni una peseta, y que ya que soporta a un loro quiere que por lo menos tenga plumas."

Y firmaba: "Una persona que la quiere muy bien. Bravo. (Bravo es un nombre supuesto.)

Pero a la primera visita que Lucas hacía a su amante, ella misma le enseñaba el papelito que acaba de recibir:

—Mira lo que me han mandado jazmín de primavera. ¡Hay que fastidiarse la de gente mala que hay sobre la



DISTRIBUYENDO EL TIEMPO, por Picó.

—A las ocho y media tengo que tomar la cucharada; a las diez, los sellos, y a las once... el marqués.

tierra! Y es que tienen envidia de nuestra felicidad de Paraíso.

Y después de una pausa añadía:

—Y, además, yo sé que me engañas; pero contra más me engañas más te quiero. Y si en vez de ser con una es con tres, ¿qué me importa?...

—Te importa cuatro quince.

—¿Cómo cuatro quince?

—¡Ah, es que creí que estabas hablando del salchichón.

—Estaba hablando de nuestro amor, gloria de mi existencia.

—¡Ah, bueno, pues sí!...

Y entonces él no tenía más remedio que jurar que aquello era falso como una moneda de dos pesetas que le habían dado en un tranvía una tarde de septiembre, y que la quería, que la idolatraba. Pero en cuanto salía de la mansión empezaba a cabilar para encontrar otra idea que le deshiciese de aquella señora.

Y escribía otro anónimo al marido:

“Señor don Paco Gutiérrez: Su mujer se la pega asquerosamente tres veces por semana con un individuo llamado Lucas. Si lo duda, en vez de irse al casino, como todas las tardes, escóndase en un armario y sorpréndalos cualquier lunes.

Un grupo de vecinos del piso de abajo, que no puede parar con lo que crujen los muebles de su casa, de tres a cinco.”

¡Pero como si nada! A vuelta de correo recibía otra misiva:

“Salao: Las bromas las deja usted para el entierro de la sardina de Vigo. Ya que ha hecho usted el primo enamorando a mi cónyuge, siga usted con ella hasta la ancianidad o desembarácese de la aludida como pueda; pero conmigo no cuenta, porque no soy matemático.

Le saluda, Gutiérrez.

¡Ah, tenga cuidado con las cortinas, porque son de Damasco y se estropean con el uso.”

Y después de haber puesto en este truco su última esperanza, mi amigo no sabía lo que hacer: si tirarse por una ventana al patio o coger un canto y darse con él en una ceja. Pero como su madre era cardíaca y no quería despenarla de un disgusto, optó por soportar toda la vida a aquella señora, y todavía la dama no le dejaba un momento libre.

Claro que esto le pasó a Lucas porque era cursi, como dibujo de Lozano Sidro.

A un servidor le ocurre este caso, toma un tercera para Lisboa y allí se mete a pocero.

Porque muy bien está ser educado y no cometer groserías con las señoras; pero vamos, hay momentos que se les da un patada a algunas y no se queda como un igorrote, sino que hay seres razonables que exclaman:

—Hay que ver, qué muchacho tan educado. Es más fino que el filete de una fonda.

Y tienen razón, ¡qué rediez!

MIGUEL SANTOS

(Ilustración de Mihura.)



LA PERSIGUE LA DESGRACIA, por Demetrio.

—Ya me aprietan los zapatos que me compré ayer. ¡Y así todos los que me compro! ¡A la vista está la mala pata que tengo!...

La Mujer Que se Hincho De Esperar...

(Tan novela como la primera)

CAPITULO V

LA HIJA DEL LAMA

Donde se prueba y se rebaña, que Madame Suizo, era una agente del sacerdote lama, Toribio (el Alcaparra), conocido en Corea por Yata Dao.

Ya dijo un gran filósofo esquimal, que la vida es una ventoseagallinez de aúpa; y por haberse adelantado el ártico, yo me tengo que amolar sin poder hacer mía la categoría y sabia observación, constreñido a hacer la cita nada más. Pongo de manifiesto cuando menos que mi ilustración es muy basta, pero que con un poco de lija se puede afinar; y vamos a la novela, que ya les veo a ustedes buscando piedras.

¡Cuántas criaturas caminan por la vida siguiendo la fatídica raya que el dedo índice del destino va trazando por el árido desierto de la implacable desgracia!... ¡Cuántas otras viven la vida muelle a todo vapor rodeadas de cojines de telas multimillonarias! ¡El ta-

ladrante frío que cristaliza los huesos para los caminantes del dedo!... ¡El tibio calor de edredón para los del muelle! ¡Cuántas almas *frapé!* ¡Cuántas calentitas! ¡Cuántos cojines...!

Aquellos niños, que uno asido y *achupado* al flácido pecho de su madre, y la otra asida a la mano de la misma madre, asida esta a su vez a una *perra* que parecía una corrida de toros por los gritos, los denuestos... y de los *otros*; aquellos niños, digo (porque creo que ya lo he dicho), fueron creciendo y con ellos cada piojo como un caimán, tanto que alguno de ellos no picaba, había tomado la alternativa, y mataba. Desde aquella fecha los desdichados niños se alimentaban al acaso, que es un restaurante que está cerrado siempre; se alimentaban como podían y se *la mentaban* de vez en cuando... el uno al otro.

Han pasado quince años con más fatigas que si los años hubieran sido se-villanos. La niña, que ya es una mujer, a juzgar y sentenciar por su aspecto interior e íntimo de anuncio del Regenerador Paz del cabello, se ha ido formando bellamente: Sus senos, se nos

presentan uno *pa* aquí, y otro *pa* allá: la suave curva de sus muslos, es una curva como para tomarla frenando y cortando gases, y agarrándose desde luego, y desde ya. El espinazo, a cuyos lados la rosada carne se levanta en suave loma para formar esa canaleta que desciende por la espalda hasta morir en los riñones, poco antes de llegar al solar del rabo; los undulantes cuelliscisneos brazos; las axilas (¡que axilas vea yo siempre de habitadas!); sus negros y sombreados ojos del tamaño de un melón de dos pesetas, que donde ponen la lumbre de su mirada se levanta un habón, y si el habón está levantado ya, no se acuesta en un semestre. En fin, la chavala está como para ejecutar por ella el salto del capullo con música de Guerrero. Porque la chiquilla tiene un... Pero no sigo describiendo porque no es mi intención que ustedes, atropellando el respeto que se deben a sí mismos y saltándose a la torera la propia estimación, caigan en el nefando deseo de turbar la tranquilidad de su espíritu con provocadas visiones lascivas. Que ya digo que nuestro interés anhela verlos cada día más contentos con nuestra novela; pero más turbados por culpa nuestra, no.

La muchacha se había metido a modista, pero en realidad, no sabía dónde se había metido. Madame Suizo, como maliciosamente la llamaban en la vecindad, dedicó a pruebas a la muchacha, pero a primera vista se notaba que la que *probaba* era Madame porque le lucía, mientras la chica no debía catar bocado porque se quedó estilizada, como sentenció la aprendiz.

Un día, mejor dicho, ¡qué rediez!, una tarde, en que Madame se dedicaba a adelgazar a la muchacha con un afán sólo comparable al insano que el sastre pone en querernos (y no podernos) cobrar la factura, se fijó, *por casualidad*, en una mancha rojiza en forma de saxofóncontrabajo que la bella y supina jovencita ostentaba en la cara interior izquierda del muslo derecho conforme se mira a una rana borracha.

Madame escupió una guedeja; lanzó un grito, que lo lanza en un concurso y le regalan un braguero, y, señalando con su brazo extendido y desorbitados los ojos a la asombrada muchacha, se arrojó en *marcha atrás* a la pared, gritando mejor que una tiple cómica. ¡¡La hija del Lama!! ¡¡La hija del Lama!!

Resultaba que el padre de la chica era un chino de categoría, y que Madame Suizo sabía algo; sí, debía saber, porque se enjuagó dos veces.

(Dib. de Díaz-Antón.) INCÓRDIEZ.

AVISO

Por haberse armado un follón de padre y muy señor de mi propiedad en la imprenta, no se empieza por riguroso orden el concurso de piernas. Pero creemos que no son para llorar las que damos en este número.



DEL ANTIGUO REGIMEN, por Enciso

Cuentos al oído

Juanico, el Pastor

El señor cura de un lugarejo castellano se paseaba por la plazoleta de su iglesia en una tarde decembrina, al amparo de sus muros de color de oro viejo. Estaba encalmado el viento. Todo era silencio y quietud. Apenas si se oía muy de vez en vez el cloquear de unas abarcas y el alocado piar de unos gorriones que saltaban, ya por el suelo, ya por las desnudas ramas de unos olmos seculares. De cuando en cuando, el señor cura leía unas oraciones en su breviario y luego, mientras rezaba, miraba al espacio, de un azul purísimo, sin la vedija de una nube.

Estando una vez sumido en la lectura, vió de pronto que una sombra se proyectaba sobre el libro. Alzó la cabeza y halló plantado ante él a un jayán con una parda anguarina sobre el recio cuerpo, con una picuda montera de piel de cabra hundida hasta más abajo de las orejas y con un fuerte y nudoso cayado, casi tan alto como un báculo episcopal, en el que apoyaba ambas manazas.

—¡Caramba, Juanico!—exclamó el sacerdote reconociéndolo—. ¿Qué buen viento te trae por aquí? ¡Cuenta, hombre, cuenta!

—Pues me traí por aquí...—respondió el mozo un poco tardo en hablar—me traí por aquí... que uno s'aburre mucho en la majaa... y que, cuando viene uno al pueblo... es p'aburrirse entoavía más que en el monte, porque no se encuentra aquí una mujer que lo espere a uno... ¡Eso es!...

—Cierto... Pero dime: ¿qué tengo yo que ver con ese pleito tuyo?

—Es que quió casarme, señor cura.

—¡Ah! ¡Eso ya varía! Me parece muy bien, hombre. Ya lo dijo el Apóstol: "Mejor es casarse que abrasarse" Y, además, que para eso son los años moceriles... ¡Cómo pasa el tiempo, Juanico!... ¡Diríase que ayer te bautice y ya vienes hoy a que te eche las bendiciones!

—Pa usted, señor cura, pasará el tiempo de priesa aquí en el pueblo; pero yo, metío siempre en el monte, casi sin ver gente, pienso, cuando amanece, que la noche no va a llegar nunca.

—¡Qué le vamos a hacer, muchacho!... Cada uno habla de la feria según le va en ella... Bueno; volvamos a lo de tu casorio. ¿Has buscado ya novia?

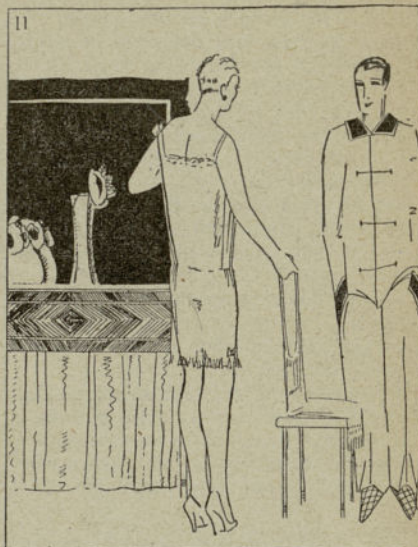
—En custión de novias tengo de primera a la Paula, la de la tía Prisca. Agora me pondré a buscar otras seis y las encontraré de seguía... ¡Ya verá usted!... Total: que la semana que viene me podré casar con toas.

—¡Con todas!... ¡Pero tú estás loco, Juanico! Yo no te podré casar más que con una.

—Pos alguien m'ha dicho que la Iglesia concedía hasta siete mujeres, y, por



I: Ella.—Mira, aún no he terminado el mes, y ya tienes el nombramiento.



II: El.—¡Pobrecilla! ¡Cuánto te habrás movido... y sin haber acabado el mes!



III: El.—¡Qué bien voy a dormir hoy! ¡Por fin tengo un destino seguro, gracias a la influencia de mi mujercita!



IV: El.—¡Pero qué es esto!... ¡La cama rota! ¿Cómo se ha roto la cama? Ella.—Ha debido ser al firmar tu credencial.

mí, señor cura, con las siete m'atrevo. Estoy fuerte como un roble y con ganas...

El mozo no quiso formular del todo su pensamiento por respeto al sacerdote; pero se adivinaba en sus ojos fulgurantes la confianza que tenía en sí mismo y la seguridad de que ni con siete hembras había de ver batida su cabeza.

—Así seas más fuerte que Sansón—le interrumpió el sacerdote—has de casarte con una sola mujer. Lo demás son habilllas de necios. Tú has oído campanas y no sabes dónde. Y te has encalabri-

nado como un pedazo de alcornoque que eres. Eso que te han dicho será en tierra de moros; pero, entre cristianos, es muy distinto. La iglesia otorga siete mujeres a cada varón, no de una vez, barbarote, sino una después de otra, a medida que se van muriendo. ¿Lo entiendes?...

—Lo entiendo, señor cura, y será verdad, puesto que usted lo dice; pero es una verdad que me fastidia mucho... ¡Miste que una mujer!... ¡Ni pa emprenciar tan siquiera!... ¡Ya lo verá usted!...

—¡Quién sabe, hombre, quién sabe! Os casaréis tú y la Paula y luego Dios

dirá lo que ha de ser. Mira: y me gusta a mí la Paula...

—Más me gusta a mí que a usted: redondica de cara más redondica de caderas, entavía más redondica de...

El sacerdote le cortó la descripción diciéndole:

—Y, sobre todo, muchacho, muy mujer de su casa. Has tenido buen ojo... ¿Y tu madre?...

—Pues mi madre tan campante al cuidao de mis siete hermanos y mis siete hermanos tan güenos al cuidao de mi madre.

—Digo que si te gusta io de la Paula, hombre.

—¿Qué sé yo, señor cura?... Ni me importa tampoco.

Al mes de la referida conversación, Paula y Juanico contrajeron matrimonio. Apenas concluída la ceremonia, los novios se dirigieron a una casuca que había en el monte, cerca de donde pas-

toreaba el mozo. Este, mientras iba de camino con su costilla, más que en las carantoñas propias del caso, pensaba en su manía poligámica y no hacía sino re-funfuñar:

—¡Miá que una mujer!... ¡Y pa mí!... ¡tamién la Iglesia s'anda con unas tacañerías!...

* * *

Pasó poco más o menos un año. Al cabo de este tiempo, he aquí que el señor cura, encorvadito ya hacía el suelo como un fruto maduro para la muerte, tomaba plácidamente el sol y hacía sus rezos en una tarde semejante a la que hemos descrito al comienzo de este relato. Reinaba en la plazoleta el mismo silencio de antaño. Los gorriones daban saltitos por el suelo o volaban hasta las ramas de los olmos piando alegremente. A intervalos cloqueaban las abarcas de algún

parsimonioso campesino. Para que todo resultase igual en absoluto, he aquí también que, en una de las ocasiones en que el señor sacerdote se quedó abstraído en la lectura del breviario, cayó sobre éste de súbito una sombra enorme: la de Juanico. Venía el mozo un poco más taciturno que en el año anterior. La alegría de su rostro tenía algo de marchita. Su sonrisa se aguzaba en una mueca de desencanto.

—¡Hola, muchacho!—exclamó el párroco—. De seguro que acierto con lo que deseas de mí. Algo de boda ¿verdad?

—Acertó usted, señor cura.

—Sin duda se ha muerto la Paula y vienes por la segunda mujer. ¿No es eso, perillán?

—Se equivocó usted, señor cura. La Paula no s'ha muerto. Ni yo quío casarme otra vez. El que se quío casar agora es mi hermano Antolín.

—¿Antolín?... ¡Me place, hombre, me place!...

Hubo un intervalo de silencio. Luego, el sacerdote, bonachón, agregó:

—Oye, Juanico... Y ¿quiere también tu hermano siete mujeres?

El mozo quitóse la montera y comenzó a darle vueltas entre sus manos como temeroso de hablar. Al fin, le contestó:

—No sé lo que quedrá mi hermano. Yo, señor cura, sí quío saber si Antolín se pué casar con la Paula.

El sacerdote se puso serio.

—¿Con tu mujer?—exclamó—. Pero ¿dónde tienes la cabeza?... Y ¿para qué te sirve?... Presumo que sólo será para llevar la montera, zoquete. ¿De modo que tú, que al principio querías acaparar cuantas mujeres pudieras, deseas compartir ahora la única que tienes?... ¿A qué viene este disparate?

—Viene, señor cura, a que me engañé...

—Me lo figuraba un poco.

—... A que soy un burro...

—Me lo figuraba también.

—... Y a que con la Paula, ¡hay mujer pa toa la familia!... ¡Crealo usted!...

El sacerdote lo miró de hito en hito durante unos momentos. Y después comenzó a reír con toda su alma.

JOSÉ A. LUENGO



RUPTURA OBLIGADA, por Picó.

—La lógica se imponía. No he tenido más remedio que romper con Luisito, por deslenguado.

Indirecta

En casa de Blas Cuadrado —peluquería modelo— se estaba “quemando” el pelo don Rigoberto Salgado, esposo de una tal Chelo con la que está complicado Agamenundo Escalpelo. Entró en esto Luis Delgado y al ver quemar al abuelo dijo, sacando el pañuelo: “¡Qué olor a cuerno quemado!”



Barcelona En Pyjama.

Margot nos decía la otra noche, indignadísima:

—Pero, ¿tú has visto? ¡Qué desfachatez! ¡Qué falta de seriedad! ¡Qué deshonra para una casa tan seria como ésta!

Margot, en el Excelsior, es casi una institución. Los camareros, el *barman*, los botones, todos tienen para Margot un profundo respeto. Es la custodia de la casa. El que se acuesta con la custodia tiene un año de indulgencias... entre las demás chicas del famoso *cabaret*.

Margot siente por la casa, que le parece creación suya, un amor entrañable, el mismo que algunos infelices oficinistas sienten por la oficina. Alguien ha dicho si Margot tiene parte en el negocio.

Margot—que es, por lo demás, una muchacha muy guapa, muy elegante y distinguida—nunca ríe fuerte, nunca habla a gritos. Los gritos, las risas le parecen una profanación en una casa tan seria como es Excelsior. Y es que, generalmente, a todas esas chicas alegres la alegría les parece una cosa muy seria.

Lo cierto es que Margot abomina de los borrachos, y le afea a B..., que cuando tiene dos copas de más—que suele ser todas las noches—se suba a una mesa y cante *La canción del olvido*. ¿Es que a Margot le parece anticuado el repertorio de B...? ¿Es que siente más simpatía por el prolífico Guerrero que por el perezoso Serrano? ¿Es que cree que hay que renovarse o morir? No. Es, simplemente, que los gritos y los berridos le parecen una profanación del *cabaret*.

Antes, Margot frecuentaba todas las noches Villa Rosa y sabía un rato largo de vinos andaluces. Hoy, cuando unos borrachos arman bronca, llama al camarero y le ordena que retire la vajilla.

¿Es que se ha aburguesado? Sí, indudablemente Margot se ha aburguesado. Pero eso les pasa a todas las mujeres en Barcelona, por estafalarías e insurrectas que sean. La misma Tórtola Valencia, cuyas genialidades aterrorizaron la ciudad durante un largo lapso de tiempo, ahora, según nos dicen, forma parte de la Junta de damas de un piadoso Roperó para todos los obreros que se llamen Juan: el Roperó de "Los calzoncillos de San Juan Bautista".

No, ese aburguesamiento es debido al clima y a la *escudella*. Las víctimas de la *escudella* son innumerables en Barcelona. En los bares y restaurantes del distrito quinto, frecuentado por ladrones, carteristas y mujeres demasiado fáciles, se lee el siguiente aviso:

¡OJO! A LAS DOS DE LA MADRUGADA,
"ESCUDELLA" DE PAYÉS

¿Cómo va a ser mala una gente que a las dos de la madrugada se come pacíficamente un plato de *escudella* de payés? Son unos ladrones burgueses, unos carteristas conservadores. Y en cuanto a ellas, a las mujeres execradas por la sociedad, tienen en sus alcobas rótulos como los que se ven en algunas oficinas: "Sed breves." "El tiempo es oro." "Vuestros minutos son tan preciosos como los nuestros", etc., etc.

Pero no divaguemos, pues nuestros

minutos, si no preciosos precisamente, son lo bastante simpáticos para que no los echemos a perder.

Margot estaba indignada, furiosa, porque ayer unos juerguistas, unos mozos alegres profanaron el sagrado recinto de Excelsior ¡emborrachándose! ¿Habrás visto cinismo? ¿Emborracharse en Excelsior? ¡Una casa tan seria! ¡Un *cabaret* tan formal, en el que todo el mundo, como en misa, habla en voz baja!

Pero es que, además, los juerguistas, entre los que se contaba F...—un muchacho *con toda la barba*, a pesar de que se rasura todos los días—añadieron la burla a la ofensa bebiéndose un litro de *pippermint* en porrón. El porrón prostituyó los cosmopolitas manteles con su panzuda y grotesca presencia.

Alguien insinuó que lo del porrón podía ser una manifestación política. Pero no. Nosotros sabemos que no se trataba más que de hacer el ganso. Que es, en fin de cuentas, lo que mejor puede hacer un joven en el *cabaret*, lugar donde los demás se dedican a hacer el zorro. Y sobre todo, la zorra.

LUIS CAPDEVILA



—Mira, Romualdo, con estas mujeres empieza uno a soñar cuando se marcha del colegio. El día que le abandoné soñé con una así.

—¿Aquel día o al siguiente?

—Te digo que cuando soñé con ella fué el día que me salí.

Dib. de Bluff.



DON UBALDO es una fiera
una hazaña de primera.

(Prólogo de un drama épico—que resultará epiléptico.)

DON UBALDO

—¡Vive Dios que la jornada mereció cantarla Homero, y pues lo queréis, don Pero, de acción tan inusitada haré un relato somero:

“No bien el alba rompió triunfal, y mi tienda abrí, confuso hasta mí llegó un ruido que me alarmó; y a Reinaldo dije así:

—¿A qué viene ese clamor?
¿Qué es ese ruido, Reinaldo?

—Es un heraldo, señor, que os manda el conde de Alcor.

—¡Pues bien; traedme el heraldo! Y ordenad a mis soldados que formen en la explanada; mas decid a mi mesnada



que habrán de probar mi espada los que no estén bien formados. Pues grave mancilla fuera que el tercio del duque Ubaldo tan mal formado estuviera, que pregonándolo fuera a su salida el heraldo.

Y ciñéndome la espada y calando mi celada, en pos del heraldo fui, al que altivo dije así, al hallarlo en la explanada:

—¿Quién, atrevido y osado, a este campo os ha enviado, si nadie tal reclamó?

Y el heraldo replicó:
—El conde Alcor, me ha mandado.

Y traigo en este papel el mensaje que os dictó de su sentir copia fiel, y lo que él aquí escribió mantenido está por él.

Y con un gesto grosero

el audaz demandadero sacó de entre su ropaje del conde Alcor el mensaje, y me lo entregó altanero. Tomélo sin rechistar, y le repuse: —Está bien; podéis mientras refrescar. ¿Qué es lo que queréis tomar?

—¡Media copita de ojen!
Abrí la carta encintada, y al ver cómo me trataba el conde Alcor de Monterde, el que un hermano juzgaba, sentí que el llanto me ahogaba, y me arrimé a un pino verde ¡por ver si me consolaba! Pues en aquel pergamino, ciscándose el muy cochino en mis invictos blasones, a un lance me provocaba. ¡Vamos, que me lanceaba con necias insinuaciones!

—Sé que tenéis cien pendones —decía— que han de prestar su ayuda en esta ocasión para venirme a atacar, mas yo os sabré demostrar que podré al fin humillar de vuestra esposa el pendón.

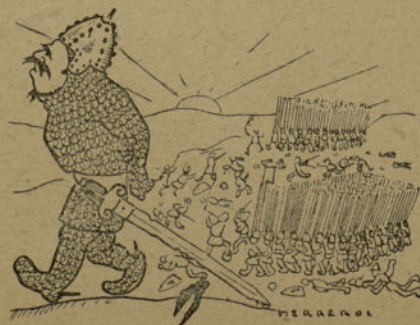
Y al final de tal escrito así firmaba el maldito con letra clara y precisa:

—¡No diréis que no os invito a que honréis vuestra divisa! Mas debo haceros constar que no me han de amedrentar vuestros más bravos guerreros, pues aunque del duque fueran, con sus picas les esperan impávidos mis piqueros.

Ante tal provocación requerí al punto el pendón de mi muy amada esposa, y grité como un león: “¡A otra cosa!”

Y ordenando a mi mesnada:

—¡Sus, y al conde, al que ya veo con una pica clavada! Yo, sin ningún titubeo,



me calé al punto el chapeo y me largué... ¡y no hubo nada! Pues ante el reto cruel que así llegaba a mis manos dije lo que el socio aquél: “¡Allá que mis castellanos se las entiendan con él!...”

Telón estrepitoso.

FIDEL PRADO



HERREROS

—Dios te libre de ser sorprendida por tu marido en delito de adulterio.

—Se le pondrá a una la carne de gallina.

—¡Ca, hijal! Se le pone a una la carne

lleva de golpes!

Dib. de Herreros.

NUESTROS REGALOS

Estamos estudiando (con aprovechamiento, por cierto), la manera de sortear entre los lectores de **COSQUILLAS**, unas magníficas reproducciones de nuestras páginas en color, sobre cartulina de la mejor fabricación.

Pronto daremos cuenta de la forma que hayamos encontrado para llevar a cabo los sorteos.

Lista de honorables corresponsales, que no se sacuden ni ofreciéndoles las fotos que reservamos para nuestro Almanaque:
Granada, D. Doroteo Salas.
Ripoll, D. Francisco Fábregas.

Flema inglesa

Mr. Jack Kitchess, de la razón social Kitchess Brothers Limited, London, aprovechando unos meses de descanso en sus trabajos financieros, recorría España en compañía de su cara mitad.

La impresión que nuestra patria le hizo al hijo de Albión tuvo su punto de entusiasmo inenarrable al conocer Sevilla. Aquello "ser mocho alegre, mocho español".

Mr. Jack Kitchess y señora estaban encantados con la capital andaluza; el tipismo sevillano infiltraba en sus venos el fuego de la manzanilla, del sol, y el joyante azul de su incomparable cielo.

Era una suerte para el turista llegar a la visión sevillana, y Mr. Jack se entusiasmaba por todo lo que admiraba; su pasión llegó a tal punto que hasta las cosas más vulgares y los sucesos más insubstanciales adquirirían ante sus ojos un gesto castizo y agradable que le hacía demostrar su alegría con grandes exclamaciones de entusiasmo.

Aquella mañana, sentado en la terraza del *American*, en la plaza de San Fernando, tomando el vermú en compañía de su *cicerone*, Curro Pajares, un *gachó* con mucha labia y el mozo más pintorero de la Puerta de la Carne, y dos amigos más, también macarenos y dados a la franca simpatía, conversaban sobre el tema más favorable en aquella mañana abriñeña: de mujeres.

—¡Osú, señó *miste*!—exclamaba uno de los amigos—. En Sevilla encuentra *usté* mujeres *pa* tos los gustos. ¡Aquí hay clase, amigo!

—Y eso que en la tierra del señor —terció otro—también hay *ca* hembra capaz de *háser* bailar sevillanas a los Hércules. Sé de una que está ahora en Sevilla que ¡vaya con Dios la *grasia*!

—¡Oh, *seg mocho* interesante! A mí *gustagme uno hogog* España, y, sobre todo, Sevilla. Mí *veg mocha castisoria*, *mochos togegos*, *castañolos*, *panderetos*... ¡Mí *seg* contento!

—Pues verá *usté* lo que le *desía* de esa paisana *d'usté*. La otra mañana estaba yo con Manolillo el de la Aceituna; sí, hombre, ya sabes tú—dijo dirigiéndose a Curro Pajares—, ese chaval garboso que vive en San Leandro. Pues como digo, estamos yo y él en la freiduría de Málaga, y a esto que vemos bajar por la calle O'Donnell a una hembra bien *fardá* y con un cuerpo, ¡osú, qué cuerpo! De aquí, un rato, y de allí... Bueno, de allí, *pa* qué contaros... ¡Fenomená! Manolillo, ya sabes tú lo que es, va y la *dise* una *grasia*, y la *mujé* le mira y le ríe. Manolillo se va tras ella, y, según me dijo *aluego*, por la noche había *tenío* una sesión de *sine* con la inglesa, *capá* de sacar los colores a un *dañao* del hígado.

—¡Oh, ah, *all righ!* ¡Ser *mocho* español, *mocho* *grasioso*!

—¡Espera un poco!—exclamó el otro amigo—. ¿Es por *casualíá* esa mujer una rubia, alta, sí, muy *espigá*, que va con un traje *asú*?

—¡La misma, Juanillo!

—¡La Macarena bendita! ¡Pero si yo he *estao* con ella ayer por la tarde! Mirar *ustedes*: El camarero del hotel donde vive, que es un punto de marca, tuvo asunto con ella y me la recomendó. Ayer la esperé a que saliera, y ¡cabal! A las pocas frases de coba se hizo merengue, y ¡osú, muchachos!, qué mujer más canela... ¡Y que tampoco le gustan los hombres! ¡Y eso que está *casá*! ¡Algún *tío* soso que no la *satisfase*, y, claro, la mujer *nesesita* juerga! Ya te digo, es pan comido; la ves, la hablas, la citas y la... ¡ya me entienden! Pero con todos; le es igual el rubio que el moreno...

—Pero, ¿qué *dises*, chiquillo? Vaya, señor *miste*, que por su tierra también hay hembras de bureo. No, si cuando se ponen estos *mistes* en plan de juerga son una guitarra loca.

—¡Oh, *seg mocho* alegre esta Sevilla! ¡Mí *queguer conoceg* a esa *coven* inglesa! ¡Mí *seg* contento! ¡*Mocho* alegre!

De pronto, uno de los amigos exclama dirigiendo la mano hacia la calle de Tetuán:

—¡Pues, señor *miste*, ni *llamá* con campanillas! *Arrepare* *usté* en aquella hembra que tuerce la esquina de Tetuán y la *plasa*. ¡Aquella es la inglesa de marra!

Mr. Jack Kitchess se limpia los cristales de sus lentes y lanza la mirada hacia el sitio indicado; luego estalla en franca risa.

—¡Ah, maravilloso! ¡*Mocho* español! ¡Mí *seg* contento! ¡Tierra *macagueno* y *castañolos*!

—Pero, ¿qué me *dise* *usté* de eso? —interrogó Curro Pajares.

—¡Oh, mi *amico*! Esto *seg mocho* *comico*, *mocho* divertido... Aquella *coven* inglesa es mi esposa. ¡Ah! ¡*All righ!* ¡Ja, ja, ja!

MIGUEL ANGEL DE PEREDA



Ellas.—¡Retírense!... Nosotras no nos tratamos más que con niños "peras", y... *ustedes* no son más que niños.

Ellos.—¡Eso no es inconveniente! Con la amistad de *ustedes* vendrá lo demás.

EL SOMBRERO

Personajes: AURORA, veinte años; JULIA, veintidós; Un CABALLERO, un DEPENDIENTE.

ESCENA PRIMERA

(En casa de Aurora).

JULIA.—¿Se puede? (Entrando resueltamente sin esperar contestación).

AURORA.—Adelante. ¡Chica, qué hermosa y qué elegante vienes!

JULIA.—¡Gracias! ¿Te gusta este sombrero? Acabo de comprármelo en ca-

sa de René. Última moda. Acaba de recibir unos cuantos preciosísimos... Sara también se ha comprado otro igual. (Con jovial alegría.) Esta noche, a lucirlo en el Super Alkázár... He venido a avisarte, porque supongo que vendrás con nosotras...

AURORA (Sudando).—Si... acaso...

JULIA.—Nada, nada, te esperamos. A las diez, ya lo sabes, en la puerta. A dar el golpe, chica. Vaya, adiós...

(Julia se va apresurada. Aurora queda pensativa, silenciosa, triste).

AURORA (Con marcado desaliento).—¡Un sombrero nuevo! Y es necesario comprarlo. Pero, ¿cómo? No dispongo de dinero alguno. María no ha cobrado todavía su pensión. No adquirirlo sería una vergüenza para mí. ¿Cómo presentarme en el Alkázár ante mis amigas sin él? ¿Qué no hablarían de mi ridiculez? ¿Se burlarían, y ellos acaso me humillarían!... No... es preciso...



El.—Yo no me caso contigo porque ocupas una mala posición.

Ella.—Yo gano a la que más en posición, por difícil que sea!

Dib. de Villanueva.

ESCENA SEGUNDA

(En la calle, frente al escaparate de la tienda de modas de René).

AURORA (Desalentada).—¿Qué hacer?... Allí veo el sombrero... ¡Ah!... El mayor sacrificio, lo que sea; pero yo necesito a toda costa ese sombrero... ¡Y cuesta veinte duros!

(Aurora se para en mitad de la calle, indecisa, nerviosa, ensimismada... Un caballero cruza a la cera opuesta y se le aproxima, pasando a su lado muy despacio).

CABALLERO (En tono galante, casi a su oído).—¡Tan hermosa y sola!...

(Aurora, sin darse cuenta de lo que le han dicho, permanece ensimismada, e inconscientemente repite).

AURORA.—¡Y son veinte duros los que necesito!...

(El caballero desliza en su oído algunas palabras. Ella se vuelve indignada, mirándole airadamente, con desprecio. De la tienda de René sale un dependiente con una sombrerera en la mano. Entran otras señoras; después otras... Tras de ellas más chicos con encargos. Aurora, recuerda su sombrero, piensa en sus amigas... y con brusco movimiento se coge del brazo del caballero, diciendo):

AURORA.—¡Vamos donde usted quiera! ¡Pronto!

ESCENA TERCERA

(En la tienda de René. Aurora entra apresurada, agitada, descompuesta, roja como la grana).

AURORA.—A ver, pronto, joven. ¡Deme usted aquel sombrero! A prisa. Aquí tiene usted. Veinte duros.

EL DEPENDIENTE.—Señorita, ¡este billete es falso!...

ALFREDO NAN.



El.—Desde que estoy en relaciones contigo no estudio nada. Aún no he pasado del quinto año.

Ella.—Peor es tu hermano Carlos, que desde que está en relaciones con su criada, no sale del cuarto.

Dib. de Moliné.

Consejos eutrapélicos

Por qué Rosa Mary era feminista

La noticia cayó sobre la familia como una bomba de melinita. Rosa Mary había dicho, puesta su blanca y hazelina-da mano sobre el quinto espacio intercostal, que no le gustaban los hombres, declarándose rabiosamente feminista.

¿Por qué Rosa Mary era feminista? Para saberlo hagamos lo contrario que en las novelas por cuadernos: descorramos un velo y remontémonos a la mañana de aquel día. Veamos y escuchemos. ¡Señores, un poco de silencio; hagan el favor!

Rosa Mary hizo entrar a su doncella en el coquetón dormitorio, testigo sordomudo y ciego y algo carabinesco de noches insomnes.

—Pasa, Victoria. ¡Ay, hija mía, qué vergüenza!... Lo que he soñado...

—¿Otra vez con los sátiros?

—¡Otra vez! De acordarme sólo estoy corrida.

Y Rosa Mary, sentándose en el lecho, comenzó a relatar a la doncella, que miraba a su señorita deseosa de no sabemos qué aberraciones misteriosas:

Pues verás. Soñé que me hallaba dormida en un bosque, y que venía un satirillo que, al verme, exclamó: "¡Oh, dioses, qué dormida se me presenta!" Yo me desperté sobresaltada y tuvimos una disputa larga y tendida. ¡Ay, qué larga, Victoria! El, empeñado en arrojarme del bosque que le pertenecía y yo defendiendo lo contrario, pero como el derecho era el suyo, logró quedar encima y me echó lo menos una docena de veces, porque yo me coloqué como era debido y me sostuve hasta que las fuerzas me abandonaron. Luego huí, uniéndome a otro sátiro más guapo y más rico, pero era un orgulloso que, después de regalarme hermosas joyas, me lo restregaba todo por la cara. ¡El muy cochino!... Ya, pasado mucho tiempo, me ví vieja y abandonada, y entonces desperté de mi pesadilla.

Rosa Mary saltó de la cama completamente desnuda. Dormía así; dicen que es higiénico, aunque eso me parece todo tonto. Allí los naturistas.

Victoria, al ver a su señorita en aquella guisa, la obsequió con este madrigal digno de cualquier pollo *atrincherado*:

—¡Atiza! ¡Qué cuerpo! ¡Quién fuera hombre!...

—Y si tú fueras hombre, ¿qué harías?

—No me lo pregunte la señorita que me coloca al borde de la exquisitez.

¿Qué pasó? Como estábamos ligeramente azorados se nos corrió el velo. ¿A quién no se le corre ante esas ton-

terías?... Sólo oímos decir que una había vencido a la otra, o que ésta había sido vencida por aquélla. No está claro, pero es igual. Lo más notable fué que la vencedora había logrado extenuar al enemigo con un solo dedo. Para que hablen de Uzcudun. Nosotros no sabemos nada; nos acostamos siempre entre siete u ocho. ¡Ansiosos que los hay!

Quando el velo volvió a levantarse, sólo cinco minutos después—atención, hetairas insaciables—, Rosa Mary decía a Victoria, con acento compungido y marcadamente sajón, debido a su oriundez.

—¡Qué diferencia entre ti y el tonto de mi novio!...

—Pues tenga cuidado con ese tonto, que a lo mejor...

—¡No lo creas! No le gusta nada. En cambio adora las combinaciones de mahyón (1).

—Pues ojo con la mahyón esa, no se la corte...—repuso Victoria que estaba pez en las idioteces del día y muy ducha en la confección de ictéricas salsas.

Comprenderéis, lectores, que después de oído que fué ese diálogo de hormigón

(1) A castellanizar extranjerismos no nos ganan ni los cronistas de deportes.



El.—Mira, según el programa, esta tarde puedes ver torear a ese fenómeno. Es un machacho que acaba de debutar, y ya tiene dos orejas y un rabo.

Ella.—Eso no tiene nada de particular. Dib. de Herveros.



TODO TIENE ARREGLO, por Bellón.

Oselito.—¿Que yo soy mu poco home pa tí? ¡Tú no te has fijao en cómo es una rodilla mía doblá!

armao, por lo edificante y tambaleante, y dejando a las dos chicas que, descansadas ya, parecían volver a guerrear por unas tonterías de poco más o menos, nos explicamos perfectamente que Rosa Mary se declarase francamente feminista y que aborreciese a los hombres. Y es que hoy, entre un biscuit en plan Ford y corbata de señales ferroviarias y una doncella en plan Hispano Suiza, yo, en el lugar de una mujer, habría de pensarlo poco.

El tiempo suficiente para quedarme en combinación.

VILA BELTRÁN

Madrinas de guerra

Los legionarios de la segunda bandera, sexta compañía, Carlos Florestán Oscar del Campo y Luis de la Toja, destacados en Tahuima (Melilla).

El teniente de la segunda compañía de Zapadores del batallón de Ingenieros de Larache, D. Gonzalo Martín y Martín.

Los soldados del batallón de Cazadores de Africa, número 4 (Oficinas), Tetuán, Santiago López, José Granda y Enrique Castellanos.

E. Torrent Castellanos y Victoriano Jiménez Vallejo, Comandancia general de Ceuta.

Muy pronto empezaremos nuevas secciones ilustradas, que os producirán la risa convulsiva.

Grafología moderna

CLARITA (Reus).—Ese afán desmedido que tiene usted de poner los rabos de las eñes tan largos demuestra en usted un temperamento ansioso. En cambio, la manía de tumbar tanto las eñes, de indolente, y el defecto de no poner a las ies puntos delatan en usted una pereza musulmana... Creo que con esto le he puesto a usted los puntos sobre las ies.

UN LABRIEGO (Ateca).—Un hombre que escribe güey no demuestra más que una cosa: que aun no ha aprendido a firmar como Dios manda.

SOFÍA (Madrid).—Su misiva, escrita con letra muy grande y muy apretada, es la más fiel expresión de sus gustos y afecciones. ¿Pa qué voy a decirle a usted más?

ANA-MARÍA (Lugo).—Pretender que yo averigüe por el examen de su letra sus medios de vida, es algo, como comprenderá, que se sale de esta sección. ¡Usted sabrá si tiene poco o mucho! Sin

embargo, por la calidad del papel, la elegancia de su escrito y lo vehemente de su expresión deduzco que tiene usted lo suficiente para ir tirando...

CHATO (Jaén).—Sus esfuerzos evidentes para desfigurar la letra y despistarme, obligándome a caer en el ridículo, no han tenido eficacia para hacerme caer en el garlito. Debo advertirle a usted que a mí no me hace eso ningún "Chato".

ALMA QUE CANTA (Barcelona).—Sus deseos manifiestos de que sea nuestro director Incórdiez el que conteste a su consulta grafológica quedan cumplidos a continuación. Incórdiez, siempre galante, va a contestar a usted. ¡Ya va usted servido!

EL DOCTOR WORONOFF CHICO

CARTA ABIERTA

PARA "ALMA QUE SUEÑA", CON UN CHUPÓN

Como no sé si eres carne o pescado aunque me inclino a creer que perteneces al género ambiguo, y por mi acendrado respeto a las señoras (¿he dicho acendrado?; pues no te creas que eso se dice así como así) te contesto como si fueras hombre, vamos al decir. Tomarle el escaso cabello a este enano sale por un ojo de la cara, aunque a ti no va a ser de la cara.

Y como es a mí y no a nuestro compañero "El doctor Woronoff chico", a quien le pides que desentrañe por los trazos y el espíritu de la escritura, tus rasgos espirituales o más bien tu desdoblamiento (esto no te gustará porque perderás tu postura favorita), ahí van mis meticulosas observaciones.

Por el trazo de las enes descubro en ti una irrefrenable propensión a meterte los dedos en la nariz hasta la segunda falange.

En las erres eres una cosa deplorable; atisbo en ti a uno de esos indiferentes que les gusta caminar hacia atrás, sin importarles un comino del obstáculo en que pueda tropezar cualquiera de las regiones de su reverso.

La jovial cordialidad de tu carta te acredita como un formidable cleptómano de paraguas y relojes de torre.

Es curioso que, firmando como mujer, traces de tan violenta y poco elegante manera tu misiva; de todos modos, la mano con que has escrito tu carta está avezada (¡otra palabrita que no se dice todos los días!) a un trabajo especial que no podemos utilizar en esta redacción, porque se enfadarían nuestras numerosas amigas.

No creo que haya más que descubrir en tu carta.

Te estrecha la mano, de frente y con los guantes puestos,

INCÓRDIEZ

Van ustedes a comprar un bagueño de mucho precio, para guardar nuestro Almanaque de COSQUILLAS.



UNA MARTIR, por Bellón.

El gordo.—¿Pero tú no te has casado conmigo para ser mi mujer a todas horas que yo quiera?

Ella.—Sí, hombre; pero comprende que no estaría de más que me engañaras un poquito.

Por esos «cines»

Cine Madrid.—Al éxito rotundo de la bella película *Hojas de parra*, una de las más salientes producciones de la Hispano Fox Film, ha seguido la de *La rosa de Nueva York*, delicada cinta de la Huguet, de la que es principal intérprete la popular estrella Mee Mourey.

El público habitual a los hermosos locales de esta favorecida Empresa se ha sentido satisfechísimo del modo grato con que aquélla corresponde a su favor.

Princesa.—Otro tanto hemos de decir del aristocrático feudo de la insigne Guerrero, convertido hoy en templo del arte mudo. La hermosa producción *Destino*, interpretada excelentemente por la notable bailarina Isabelita Ruiz, ha sido celebradísima por los asiduos al elegante teatro.

Real Cinema.—Un éxito digno de todo encomio ha sido para este aristocrático coliseo el estreno de *El conde de Luxemburgo*, hermosa producción, inspirada en la célebre y conocidísima ópera.

Royalti.—Otro éxito verdad lo ha constituido la graciosa y regocijante producción *La locura del charlestón*, deliciosamente interpretada por Monte Bluc.

Palacio de la Música.—Justamente alabada por crítica y público ha sido el estreno de la cinta *La venus americana*, "film" bellísimo, que a lo sugestivo del ambiente une una redacción regocijante de epígrafes.



Ella.—¡No se acerque!... ¡No me besel!...
El.—¡Pero si no la besel!
Ella.—¡A una mujer como yo no se la deja por embustera!...

Dib. de Herreros.



LA PIERNA DE ORO

(CONCURSO DE PIERNAS, RODILLAS, PRIMAS ZONAS DEL MUSLO Y PINRELES)

Permítame tocar una marcha triunfal en honor a estas piernas archicorruscantes.

Ya está: ¿Y ahora, tienen ustedes la estimable bondad de emitir su juicio? Yo ya he tocado marcha en señal de entusiasmo delirante: ¿Pero quieren ustedes emitir? ¡¡Bueno, bueno; pero emitan para otro lado!! Vuestro hasta la osamenta, INCÓRDIEZ.



DE PELÍCULA - UN BESO CÓMICO

¿No se han reconcomido ustedes de envidia viendo cómo en las películas cómicas casi siempre se enamora del idiota del argumento una actriz guapa hasta la tortura? Yo me hago polvo cuando veo los mimos que la susodicha divinidad prodiga al actor cómico; porque es que se lo come. Y si no, vean ustedes aquí a Gutiérrez, que, al sentir en su mejilla los labios de la de la boina, se queda *de muestra* como los perros de caza. Y es que no hay más que dos caminos a seguir cuando una gachí de estas condiciones nos instala su morrito junto al solar de nuestro bigote: o quedarse de cemento (aunque sea armado), o agarrarla de las patillas y arrastrarla hasta que proclame que somos el tío más guapo que ha visto, y que le dan calambres por nosotros. Vuestro hasta embotellado, INCÓRDIEZ.